

SANTANDER.—LUNES 26 DE ABRIL DE 1886.

AÑO I.

MADRID.

Ya las campanas, con sus lenguas de metal, que dicen poetas y prosistas de tres al cuarto, han anunciado la Resurrección del hijo de Dios, y este Madrid novelero, que con la misma facilidad pasa del duelo á la alegría que de la humildad á la soberbia y de la taberna al templo, ya no se acuerda de la semana Santa, ni del crimen que costó la vida al virtuoso prelado, ni del petardo que estalló en San Luís, ni de nada que huela á tristezas y desventuras.

«La cristalina esfera gira bañada en luz... ¡bella es la vida!» dijo Espronceda, bien que con amarga ironía, y eso repetimos hoy nosotros, deseando que la frase se interprete en su sentido recto.

Los voceadores de periódicos, callados durante estos dos últimos días, no son los que menos contribuyen con sus gritos y carreras á que las calles aparezcan más animadas que de ordinario.

¡Qué de voces roncas, femeniles ó ajustadas al diapasón normal, en esa Puerta del sol!

El boletín oficial de las corridas.

La Lidia.

El Tabano.

El Torero.

Estos son los gritos que siguen al transeunte á todas partes, y que en toda la mañana no se han apartado de mis oídos.

Porque he aquí la gran noticia, ó mejor, las grandes noticias; puesto que parece una, y son dos: Mañana empiezan las corridas de toros y mata Frascuelo.

Mis lectores, simples mortales no iniciados en los misterios de la tauromanía, que acaso llamen bárbara á la fiesta taurina, ó que cuando más llevarán su tibia afición á ella á asistir por ferias á un par de corridas, y no desear otras en todo el año, no comprenderán de seguro lo que en la culta capital significa esa al parecer sencillísima frase de mata Frascuelo.

Figúrense Vds. que cualquier día se anunciara en Santander que una persona formal y bien quista, reconocidamente cuerda, había inventado un aparato, invisible á los ojos de la multitud, y que valiéndose de él, se proponía dar un paseo desde la punta del Muelle hasta Pedreña, andando por encima del agua con la misma facilidad y soltura que lo haría por la Alameda ó el Alta; ¿qué curiosidad no despertaría el suceso entre los santanderinos? ¿En qué casa no se hablaría de milagro semejante?

Pues una cosa así ocurre en Madrid cuando, en vísperas de inaugurarse la temporada taurina, anuncian los carteles que matarán Lagartijo ó Frascuelo.

Y no digamos nada si, como el año anterior, matan los dos en la misma fiesta. Entonces no se muere la gente de alegría, porque, á mi juicio, de alegría no se muere nadie.

Desde el miércoles hay un cartel en la puerta del despacho de billetes de la plaza con esta lacónica y triste noticia: «No hay billetes»; y la llamo triste, aunque á la empresa de seguro no se lo parecerá, por los efectos que produce; pues la mayor parte de los que se aproximan á leerla, vuelven sobre sus pasos con rostro tan compungido y aire tan desmayado, que no parece sino que les acaban de comunicar la muerte de toda su familia.

¡Infelices! ¡Desdichados dignos de compasión! ¡No verán á Frascuelo en la corrida de inauguración, que es la de más emociones, con su traje flamante, acabado de llegar de la sastrería!

Los que se dan un tono que los hace insoportables, y hasta odiosos, son los abonados; ¡con qué vanidad enseñan, como al descuido, en calles y cafés, sus paquetitos de billetes, que si fueran de Banco se envidiarían menos! Y por supuesto, no me extrañará que este orgullo satánico le cueste á alguno una puñalada. Por mucho menos motivo se están repartiendo por ahí á diario.

Y será de ver la calle de Alcalá mañana á las tres de la tarde, toda llena de gente alborotadora... ¡Eh! ¡Eh! A la plaza.—¡Uno me falta!... ¡Fulano!...—Vemos á ver el tuyo...—No tengamos que llamar al de Córdoba...—Voy por mi gallo...—Ya avanza la marea por la puerta de Alcalá y allí se extiende por el Retiro y la carretera de Aragón, y contemplada la muchedumbre á vista de pájaro debe parecer una inmensa serpiente cuya cabeza y cola son respectivamente la Plaza de toros y la Puerta del Sol.

Una vez en el circo, y cada cual en su asiento, se saludarán los abonados, que no han vuelto á verse desde la última corrida de la temporada anterior, y empezarán las perdurables discusiones entre los partidarios de Lagartijo y de Frascuelo.

—¿Ve Vd., don Celestino, como no hace falta que torée Rafael para que se llene la plaza?

—Ya me lo dirá V. á mediados de Junio, dice D. Celestino, hoy, primera corrida, habría gente aunque matase el Gordo.

—¡Quite Vd. los anteojos para ver esta tarde!

—¿Cuál? ¿Las morcillas que van á hacer los colmenareños?

—Le digo á Vd. que no hay más torero que Salvaor.

—Bueno, hombre, si al mio hay que tirarle.

Y en estos y otros dicharachos, porque afortunadamente bofetadas no suele haber, que nadie quiere ir á la prevención antes de la corrida, dan las cuatro, y se aplaude al presidente, que entra en el palco, por su puntualidad, y principia la función.

No crean ustedes que me las voy á echar de profeta describiendo de antemano la corrida de mañana: dice el refrán que nadie es profeta en su tierra, y aunque yo no estoy en la mía, me libraré muy bien de meterme á profetizar, pues, yendo un poco más lejos que el adagio, creo que nadie es profeta en su tierra... ni en la ajena.

Además ¿qué español necesita que le describan una corrida de toros? Con escribir yo para una de las provincias menos aficionadas á ellas, según dicen los empresarios y los artistas, seguro estoy de que cualquiera de mis lectores la describiría mucho mejor que yo.

Conque ni lo intento siquiera.

Allá se las hayan Frascuelo, Carancha y Gallo, los chicos—porque así como los que sirven en los cafés son siempre mozos, los que ponen banderillas son siempre chicos—y los picadores y hasta los monos sabios y areneros, como puedan ó quieran, y ya veremos, después de la función, lo que dicen de todos los periódicos del arte, que esperan al público á la misma puerta de la plaza, y que no parece sino que se han ido imprimiendo automáticamente á medida que ocurría lo que en ellos se relata.

Yo no tengo afición á hablar de estas cosas con el público, que es un socarrón que atemoriza á cualquiera, porque oye y calla, y si hoy lo he hecho, ha sido obligado por esa maldita oportunidad que nos trae á maltraer y nos impone los asuntos á los cronistas de todas clases y condiciones.

¿De qué hablar en este instante más que de toros, que es lo que ocupa á todo Madrid?

Y ustedes perdonen; reconozco que la fiesta es bárbara é indigna de un pueblo culto y civilizado, y abomino de ella con todas mis fuerzas, y creo que debería suprimirse ab irato, de una plumada; pero ¡si vieran ustedes qué placer me corre por todo el cuerpo cuando meto la mano en el bolsillo y encuentro en él mi billete para la corrida de mañana!

¿Qué quieren ustedes? ¡El hombre es débil!

S. de Trasmiera.

24 de Abril.

COVADONGA.

LEYENDA PREMIADA POR LA ACADEMIA DE LA LENGUA Y DE LA HISTORIA EN PÚBLICO CERTÁMEN.

El río saó fuera el pecho, y le habló de esta manera, (FR. LUIS DE LEÓN).

GUADALETE.

Cortan la nevada espuma Del azul Mediterráneo Esbeltas naves moriscas, Sus velas al viento dando. Surcan por donde dos mares Se unen en estrecho lazo, Y no hay poder que las tuerza, Ni sirte que las dé espanto. Gente extraña la tripula, Y allá, en el confin lejano, Entre las brumas marinas Y las tintas del espacio, Contempla la vista absorta Velas y aliqueles blancos, Como bandadas de cisnes Sobre las ondas de un lago. Avanzan... La negra noche Sobre ellas tiende su manto... No hay más rumor que el crujido De remos acompasados... Y avanzan... Al sol que nace Brillan con reflejos vagos Guerreros... lanzas... banderas, Turbantes, flechas y arcos; Echan el ancla... y compiten, Al hollar el suelo hispano. Con el mar, en tornasoles, Con el sol naciente, en rayos. El fatalismo los guía, El triunfo les dá sus lauros, La media luna es su enseña, El Korán su rito santo; Nada resiste al empuje De su formidable brazo, Desde Egipto á Ceuta y Tánger, Desde el Nilo hasta el Atlántico.

Despierta, España... Sacude El oprobioso letargo... Preven la ruda ballesta... Agnza el terrible dardo... Viste la ferrada cota, Y tu acento soberano Resuene del Norte al Sur, Desde el Oriente al Ocaso.

Tan hermosa como el cielo, Como el cielo puro y claro, Era la goda Ermesinda, Hija del Conde Pelayo. De Toledo parte Alfonso Contra los moros osados, Que los campos de Jerez Talan de Tarik al mando, Y al partir la vé en sus rejas De hierros entrelazados, Como una estrella velada En los tules del espacio.

«Dios guardé á la hermosa niña, De estos montes luz y encanto, Dios la guarde por lo bella, Por los cabellos dorados; Por la alborada que nace Entre el cielo de esos párpados, Por esos ojos azules, Por esas rosas de Mayo.»

«Que Dios guarde al caballero Entre los nobles honrado, Que blande la aguda lanza, Y arroja el rudo venablo.» Allá, al declinar la tarde, Así los dos exclamaron Cuando la noche enemiga Desceja su negro manto.

Hiere Alfonso su corcel Enjendro del viento rápido, Y como en alas del viento Desciende del monte allano;

Y don Pelayo le dice: «Si de la guerra eres rayo, Si es grande tu corazón Como es tu porte bizarro, Tuya será mi hija bella, La del cabello dorado, La de los ojos azules, La de las rosas de Mayo.»

Caminando vá Rodrigo Al frente de sus soldados, Con la clámide de púrpura Y el cetro de oro en las manos. Corona ostenta en las sienes, Le arrastra esplendente carro,

Va animoso, aunque le acosan Tristes y oscuros presagios.

No teme el rey á los moros, Que es español y es cristiano; Teme al puñal que entre sombras Afilan traidores bandos.

Allá asoma el rey Rodrigo Por los suyos aclamado, Dirigiéndose á Jerez Desde la margen del Tajo.

De lorigas van vestidos, De hondas y hachas van armados, Fingiendo en rojas banderas eD un volcán ígneos penachos...

Embisten con los ínfieles, Y las trompas resonando De terror llenan á España, De horribles ecos los ámbitos.

¡Pelayo!... ¡Alfonso!... ¡Rodrigo!... ¡No cejeis!... ¡Vuestro es el lauro!... Aliento sois de la patria, Asombro del mahometano.

Más ¡ay!... resuena un gemido De eco en eco dilatado, Y amedrentándose el día Le cede á la noche el paso.

El polvo de la batalla Por los vientos arrastrado Sobre el Guadalete flota Cual fatídico sudario,

Y derribados por tierra Vénse, en el desierto campo, Una púrpura hecha trizas, Y un cetro roto en pedazos.

Es fama que alzó con brío Estos despojos, Pelayo, Y exclamó: «Grandes un día Sereis, ¡oh restos sagrados!...

«Poderosos é invencibles «Os tornareis en mis manos; «Piedra sereis, y comienzo «De altos timbres, de hechos altos».

Y añaden que á su corcel Los acicates clavando Se perdió en el horizonte Cual flecha que arroja el arco.

Dejando en pos una estela De luz, un reflejo aureo, Como el sol, cuando se hunde En los senos del ocaso.

ASTURIAS.

Allá donde el mar potente Las crespas ondas levanta, Estrellándose con ímpetu Contra las costas cantábricas,

Entre los riscos de Asturias En las enhiestas montañas Que asombro y túmulo fueron De las legiones romanas,

Se aviva, y arde, y resurje El santo amor de la patria, Donde jamás dejó impresa Tirano alguno sus plantas.

Refugio del pueblo godo Son las crestas escarpadas; Allí las leyes se escudan, Allí la fé se afianza.

Y es, en el naufragio horrendo, Asturias segura playa, Sagrado muro, que opone La cruz á la cimitarra.

Desde una gótica torre Que el mar con su espuma baña, Tiende la vista una hermosa Más que las espumas blanca.

El mar despliega sus brisas Y ella suspiros exhala, Gime el mar deshecho en ondas, Y ella se deshace en lágrimas.

¡Lejos!... ¡muy lejos!... un hombre Entre los riscos avanza... Y al llegar frente al castillo Este diálogo se entabla:

«Caminante que atraviesas «Por las cumbres solitarias, «Si cual revela tu porte «Vienes de tierras lejanas.

«Dame nuevas de Pelayo «El buen Duque de Cantabria, «Y de Alfonso del guerrero «Que hiere, y deslumbra y mata.

«Juntos nos vió el Guadalete «En los campos de batalla... «Nuestro era el triunfo... gloriosas «E invencibles sus espadas.

«Ira de Dios... ¡qué denuedo «Y qué arrojó... y que matanzal... «Sin el villano Don Oppas «Ni un moro queda en España...»

«Con ambos arribé á Asturias «Que hoy hierve en hombres de armas, «Y cuando los dos alientan

«Por algo el cielo los guarda... «Hemos proclamado rey «á D. Pelayo, y le aclaman «Los próceres en la tierra,

«En los vientos las campanas... «Hoy le ensalzarán sus glorias, «Tras luengos siglos... la fama.

«¿Con que alientan? ¡Díos te guie «Caminante de mi alma! «Déte Díos tanta ventura

«Como tus nuevas son gratas... «Hija soy del rey Pelayo... «Díos guarde á la hermosa infanta.»

Hay en el centro de piedra De una ríscosa montaña Una cueva, que á lo lejos Parece un nido de águilas.

Águilas se cobijaron En aquella gruta santa, Águilas que alzando el vuelo Entre las rudas borrascas,

Al rebramar la tormenta, Bajo el dosel de sus alas Altar y asilo ofrecieron Á Díos, al Rey, y á la patria.

¡Covadonga!... ¡Augusta nave En un peñón enclavada! Sobre tí, pobre y desnuda Los agarenos se lanzan!

¡Sobre tí arrojan los vientos Del Yémen, bélicas masas! Olas vivientes que ruedan Desde las costas del Africa.

¡Muchas son! ¡Grande es el riesgo! ¡Muchas!... ¿Más quién avasalla Tu poder, que ante el pelagro Ni enflaquece, ni desmaya?

No morirás... en tu fondo Virtud y valor irradian, Y así son libres los pueblos... Y grandes... y así se salvan.

Sucumben los pueblos viles, Desaparecen las razas, Aristas son los imperios «Que otros imperios arrastran...

Así caen entre escombros Las naciones degradadas, E impuras, siervas del vicio, Y de sí propias esclavas... Pero tú, pueblo que naces

En la gruta solitaria, Severo como las rocas Que te sirven de murallas, Y tan libre cual los vientos Que rujen en tus montañas, Crecerás, y serás grande Como la fé que te inflama;

Grande, si austeras virtudes Reflejan en tus monarcas, Que la luz es más benéfica Cuanto es su esfera más alta.

¡Añalles y atabales. Resuenan en la comarca, Y brilla entre chispas de oro Fulgor de esplendentes armas.

Sirios, árabes y egipcios Hacia Covadonga avanzan, Con el arco en la siniestra, Y sobre el hombro la aljaba.

Delante vá de sus huertes El bravo caudillo Alkama, Y al llegar frente á la roca Sus agudas flechas lanza.

Surgen Pelayo y Alfonso Cual destellos de la patria, Al retumbar por los montes Bocinas, trompas y cajas.

Entre el Korán y la Cruz, Mortal contienda se trabó: ¡Muchos son los agarenos! ¡Pocas las haces cristianas!... Mas súbito en Covadonga

Una imagen sacrosanta De la Virgen, resplandece Y su luz los montes baña.

Cubierta la faz, envuelta En leve ondulante falda, Sobre la desnuda roca Fija una mujer su planta.

Un ángel será que tiende Hacia la tierra sus alas, Pues aunque la tarde espira Parece que asoma el alba.

¡Triunfo!... Gritan los cristianos, Y á las profundas cañadas Se arrojan desde las cumbres Como torrentes que arrasan.

Allí cuerpo á cuerpo esgrimen Chuzos, puñales y mazas, Y vencen... Y dán comienzo A un reino, gloria de España.

Después... sobre la alta gruta, Como un iris de bonanza,

Como la blanca paloma
Que el ramo conduce al arca,
Postrada vióse á Ermesinda
La de la tez nacarada,
La de los ojos azules,
La de la frente sin mancha.

Don Pelayo dando al viento
La invicta bandera exclama:
«Tinto corrió el Guadalete
»En sangre de nuestra raza;
»Hoy, al rodar por los montes
»Del Deva las turbias aguas,
»También en sangre van rojas,
»Pero es sangre musulmana.
»Un cetro roto me disteis,
»Vistióme clámide hollada;
»Yo en cambio os devuelvo un trono,
»Y un reino... ¡sol de la patria!
»¿Veis?... Sobre la media luna,
»La Cruz divina se alza...
»¡Patria!... ¡Honor!... Ya estáis vengados...
»¡Afronta! Ya estáis borrada.»

RICARDO GUJARRO.

**MÁS SOBRE LA CONSTRUCCIÓN
DESCUBIERTA AL O. DEL CASTILLO
DE SAN MARTÍN.**

No en balde decía en mi anterior escrito que en la construcción citada, de las señales de fuego «cuyos vestigios» (según el Arquitecto señor Pérez de la Riva) «son tan ostensibles, que hasta el buen sentido de cuantos han visto aquellos restos no vaciló en llamarlos horno, por las «patentes señales» de los usos igneos á que «estaban destinados...» «no quedan otros «vestigios ni otros humos que los que le «han metido en la cabeza á dicho señor «sus libros de dibujos de allá y acullá», pués en un artículo que (lleno de candidedades y vacío de razones atinentes á la cuestión que se debate) me endereza en el núm. 87 del *Boletín de Comercio*, correspondiente al 16 del actual, así lo confiesa paladinamente aquel señor, asegurándonos que «de esto solo habló por incidencia.»

Con dicha confesión nos bastaba para juzgar del crédito que merecen, acerca del particular, las afirmaciones del ilustrado Arquitecto; pero es el caso que en su artículo primero, al que nos remite diciéndonos que allí definió el «hypocaustum», cual es preciso examinar todo documento arquitectónico, y le define en efecto *tal cual lo hacen sus citados libros*, se lamenta por cuenta propia de que haya desaparecido del piso de la construcción de que se trata el pavimento de mosaico que la cubría, y dá la pícara casualidad de que aquel piso nunca tuvo mosaico ni cosa que se le pareciera; de todo lo cual se desprende que el Sr. Pérez de la Riva no vió la construcción, y que si la vió, fué muy á la ligera, pués le hago la justicia de creer que si la hubiera examinado con detenimiento no hubiera dado estos tropezones.

No me extraña que el señor Pérez de la Riva afirme que «vió imaginarias analogías entre un hueco y aplanado subsuelo de barro cocido, perfectamente definido en los tratados de arquitectura... nada menos que con un *Martirium* como el que guardaba las cabezas de los Santos Mártires bajo la cripta de la «catedral», porque esto consiste en que se ha olvidado de que los restos descubiertos en San Martín estaban enterrados á más de 1.ª 50; en que no quiere mirarlos por otro prisma que el de hypocausto, y en que busca en el suelo lo que estaba en el subsuelo.

Y eso que no he citado todas las analogías que «he visto en mi imaginación» entre el supuesto hypocaustum romano y otras construcciones harto vulgares y relativamente modernas; por ejemplo, la que hay entre la cueva ó foso que se descubrió al N. del «hypocauste» (media próximamente 1.ª 20 por 1.ª 28) á continuación del sitio en que, según el señor Pérez de la Riva, estaban los *fornacatores*, ó esclavos que atizaban el fuego del calorífero, y las que, cubiertas con una reja de hierro, se hallan á la entrada de los atrios de algunas iglesias de los pueblos que baña el Campiezo, y de otras como la Colegiata de la antigua capital de las Asturias de Santillana, sobre cuya reja y destino de ella nos dice el señor Galdós lo que trascribo en castellano puro para que «conserva su frescura» y hasta su gracia:

«Para entrar en el atrio es preciso marchar sobre una reja colocada hori-

zontalmente, sistema de ingreso que el viajero no acierta á comprender, sino le advierten que los cerdos y las vacas, que libremente pasean por las calles de la villa, entrarían con el mayor desenfado en la santa iglesia, si por aquel ingenioso medio no se les detuviera.» Además debe tener presente el señor Pérez de la Riva que para convencer de que la construcción referida es un hypocausto, tiene que empezar por demostrarnos (por lo menos) que no existió en aquel sitio, desde fines del siglo XIV hasta los años últimos del XVIII, la ermita de San Martín; que no se halla diseñada ésta, con la de San Mamés, en la vista de Santander publicada por Braun en 1572; que no se encontraron al rededor de aquella construcción muchos restos humanos, y que hay noticias ó señales de algunas construcciones romanas en el mismo sitio.

En resumen, mientras el señor Arquitecto no pruebe, además de lo que antecede, la exactitud de todas sus afirmaciones y niegue de una manera terminante mis datos históricos; mientras no demuestre, como asevera en su citado artículo primero, que «el verdadero nombre» de su soñado *hypocaustum*, es el de «hypocauste», y que «así le denominaban los romanos», y que la iglesia del Cristo es *cripta* sin ser construcción subterránea, creo que no ha dicho nada, ó que cuanto ha dicho y escrito acerca del particular que nos ocupa no merece otro nombre que el de papeles mojados ó escritos para los sudaneses, sin que con esto quiera ofender al Sr. Pérez de la Riva y sin que dude de su serenidad y señorío del plato para la discusión.

Tocante á la anécdota con que termina su último escrito el Sr. P. de la Riva, anécdota harto sabida y hasta resobada, por servir á cada momento de puerta de escape á presuntuosos *doctores*, apretados por indoctos como yo, hace muy bien mi contrincante en juzgarla aplicable por el público á cualquiera de nosotros dos á la hora menos pensada; pués bien reparado el cuento, el famoso Juan de Herrera, ó Felipe II según la tradición corriente, no preguntó al estudiante por sus títulos periciales, sino ¿qué es arquitrave? lo cual quiere decir que en el punto que ahora se ventila y en otros de su linaje, más que demostrar la falta de diplomas profesionales del contrario, importa acreditar que son bien merecidos los propios que se ostentan.

Santander 21 Abril de 1886.

EDUARDO DE LA PEDRAJA.

PARIS POR DENTRO.

ISRAEL.

Acaba de salir á luz un libro lleno de pasión, de exageración y de talento que ha dado lugar á dos desafíos—uno verificado ya entre su autor y el director del periódico de la tarde *Le Paris*, Mr. Ch. Laurent, y otro entre el mismo y el director de *Le Gaulois*, Mr. Arthur Meyer, que tendrá lugar el sábado próximo—y que ha levantado un *tóte tole* general en la prensa parisiense.

Me refiero á *La France Juive*, mil doscientas páginas repartidas en dos volúmenes, en las que un escritor distinguido y correcto, sinceramente católico, Mr. Edouard Drumont, principal redactor del periódico *Le Monde*, se ocupa de los descendientes de Israel y de la absorbente influencia y nefasta preponderancia de los judíos en las sociedades modernas.

Ardua es la cuestión y llena está de escollos. Mr. Drumont, haciendo obra de filósofo y de antropologista, con erudición profunda, paciencia inagotable y elocuencia apostólica, y tomandola cuestión por lo alto y desde su comienzo nos cuenta las eternas y reñidas luchas entre esas dos grandes familias hermanas y enemigas, la de Sem y la de Jafet, y trata de demostrarnos que aquella va absorbiendo y dominando á esta tanto y de tal modo que, si no ponemos remedio, antes de poco la habrá avasallado, postergándola.

Los judíos, según Mr. Drumont, modestos y humildes al principio, insinuándose y aprovechándose de nuestra debilidad y de nuestra piedad por una raza durante tanto tiempo perseguida, disimulando sus ambiciones y sus odios, han ido poco á poco conquistándolo todo,

acaparándolo todo, invadiendo la Francia hasta tal punto que pronto plantarán en medio de ella y cónica y resueltamente, cual Mahomet II plantó en otros tiempos la media luna sobre los muros de Constantinopla, su bandera triunfante y á los cuatro vientos desplegada.

La tesis de Mr. Drumont es la siguiente: El hijo de Israel, sin patria y sin hogar, es un elemento de destrucción para todas las naciones que le acogen y le permiten desarrollarse; la Francia le arrojó en otros tiempos y llegó á su apogeo y á ser la reina de las naciones; le abrió luego sus brazos, hace cerca de un siglo, y desde entonces viene decayendo y perdiendo su omnipotencia. Y entrando de lleno en la política contemporánea, Mr. Drumont demuestra con un número de interesantísimos documentos, que prueban una enormidad de trabajo, que la actual campaña anti-católica es obra de los judíos aliados naturales y parientes cercanos de los francmasones, y concluye diciendo que el único remedio consiste en arrebatárles sus armas, es decir, los enormes capitales de que disponen.

Esta es la tesis de Mr. Drumont, mala, según muchos, odiosa y vituperable, según algunos: pero falsa ó verdadera, apasionada ó sincera, á mí me parece profunda y digna de ser estudiada y discutida.

Si Mr. Drumont ha pintado la situación con negras colores, si ha expresado con furor un sentimiento de animosidad contra los mercaderes de dinero, contra una raza de hombres que todo lo metalizan, que no han sabido desprenderse de ese carácter degradado y servil al que la intolerancia de la edad media los condenó, sentimiento que es general y que, con Mr. Drumont, muchos experimentan, hay que reconocer que lo ha hecho de buena fé, con sana intención y honrados fines.

Ha traspasado tal vez los límites de su derecho y de la justicia, pero esta misma injusticia es uno de los méritos de su obra porque los gritos del corazón no pueden ser acompasados ni el hombre ardiente y convencido puede pensar en el pentágono al lanzarlos de su pecho para que de él salgan unísonos y acordes.

Mr. Drumont, que ha pretendido hacer una obra de alta filosofía, dicen sus adversarios, no ha engendrado sinó un libelo. Convenido; libelo, pero libelo gigantesco, escrito con profundidad, con ardor, con convencimiento y con bravura, al pié del cual ha puesto su firma y detrás del que se encuentra su pecho descubierta puesto que por dos veces han ido ya á buscarlo sus adversarios con la punta de la espada.

En este siglo metalizado y de especulaciones, en el que si todos los especuladores no son judíos todos los judíos son especuladores, Mr. Drumont ha dado la voz de alarma. En este siglo de timidez y cobardía, en el que ante el poderoso casi todos inclinan la cerviz, en el que tantos se asemejan á los ratones de la fábula, Mr. Drumont tiene el mérito de haber sabido poner, con denuedo, el *casabel al gato*.

PIO SILBÉN.

Neully-Sur-Seine de Abril 21 de 1886.

EL ANILLO DE ZAFIRO.

I.

Era un cuarto bajo, cuyas ennegrecidas paredes estaban adornadas con una descolorida acuarela representando una muchacha, de figura sonriente y mirada vaga, que tenía en la mano un canario muerto; dos mapas de ambos hemisferios y un busto de Shakespeare. Añádase una alfombra á medio uso, una mesa manchada de tinta y cuatro ó cinco sillas, y se tendrá todo el mueblaje del cuarto de estudio de la casa de mistress Chamberlain, situado en la planta baja.

Mistress Chamberlain era la esposa de uno de los más ricos propietarios de todo el condado de York, y tenía un aspecto tan pretencioso como su casa. Su belleza era del género flamenco; su contorno redondo y su rosada cara expresaban cierto aire de bondad que algunas veces parecía burlon. Sus maneras eran una extraña combinación de vulgaridad nativa con las nuevas for-

mas que requería la nueva posición social que había adquirido.

En una alegre mañana de Mayo, entró en el cuarto de estudio, en el que se hallaba sentada una joven rubia que durante el día desempeñaba las funciones de institutriz de las hijas de mistress Chamberlain: cuatro niñas la rodeaban, que elevaron atronadores gritos apenas vieron á su madre.

—Buenos días, miss Trevelyan: creo que no hará V. trabajar demasiado á mis hijas. Venía á rogarla me hiciese un favor. Esta noche tengo una gran comida, y le agradecería mucho, si le fuera posible, que permaneciera esta tarde en mi casa más tiempo que el acostumbrado, con objeto de cuidar de mis queridas hijas hasta el momento de los postres. Ya sé que esto es trastornarla dos horas, pero por una vez podrá V. dispensarlo. Florencia Trevelyan deseaba con ansia todos los días que llegasen las horas de quietud y descanso de la noche; pero, sin vacilar un momento, repuso que complacería gustosa los deseos de mistress Chamberlain.

Durante todo el día se oyeron en el retirado estudio los lejanos sonidos de los preparativos de la fiesta, y Florencia, hasta que vinieron á relevarla, estuvo al cuidado de las niñas, engalanadas con vistosos trajes de muselina blanca adornados con cintas encarnadas, siendo los zapatos del mismo vivo color.

A Florencia la divirtieron á medias las despreciativas miradas que lanzaban las niñas á su vestido de merino gris; y nunca se vió más contenta que cuando el criado vino á buscar á sus discípulas para conducir las al comedor, donde los convidados se apresuraban á adularlas y mimarlas. Con un suspiro de satisfacción se puso su mantilla y su sombrero, y se retiró á su casa.

¡Pobre Florencia! La suya era indudablemente muy solitaria. Huérfana hacía dos años por la muerte de su padre, pastor de una pequeña parroquia en el Yorkshire, se quedó á los diez y ocho años sola para afrontar un mundo frío y sin amigos.

Su único pariente era una hermana de su madre; pero como mistress Trevelyan se había casado, contrariando la voluntad de su padre, con un pastor sin fortuna, al ocurrir esto, rompió las relaciones con su familia, y cuando murió, al dar á luz á Florencia, concluyeron completamente las poquísimas que aún existían.

Florencia tenía un carácter capaz de hacer frente á las dificultades que pudieran presentársele; así que, después de pasados los primeros momentos de dolor, que la abatieron un tanto, procuró buscar una ocupación. Un médico, que la había conocido en su niñez y que asistió á su padre en su última enfermedad, supo de una familia en el York que necesitaba una institutriz.

En esta colocación permaneció dos años, que fueron los más tristes y penosos de su vida, pero los cuales le sirvieron de prueba, dándole fuerzas para soportar todos sus futuros disgustos y sinsabores.

II.

Florencia anduvo despacio y cansada el camino que conducía á su modesto alojamiento; pasó por la parte Este del Minster, el cual aparecía terso y gris á la luz de una luna brillante, y se detuvo algunos momentos á contemplar sus bien definidas líneas, tan amorosamente como si hubiesen sido las del rostro de un amigo. Y lo era realmente para ella, pués en muchas horas de tristeza y tedio, cuando su espíritu se hallaba bajo la impresión de las contrariedades producidas por el trato con personas caprichosas y mudables, le miraba al volver á su casa por la noche, y siempre le veía silencioso é invariable en su esplendor, perfectamente simétrico y sin una falta de belleza.

Por fin, Florencia llegó á la puerta de su casa, penetró en su modesto cuarto, se quitó el abrigo, se acercó al fuego, y, sentándose en una silla baja, se dejó llevar por extraños ensueños. Sus pensamientos recordábanle rápidamente los sucesos del pasado; pero, trás de un profundo suspiro, tuvo que levantarse para abrir la puerta á la dueña de la

casa, que traía un azafate con tostadas y una tetera de metal.

El rostro de la pupilera expresó cierta satisfacción al decir á Florencia:

—¡Pero, es posible, miss, que aún no hayáis abierto esa carta que puse en el espejo con el propósito de que la vierais en seguida!

—¿Es para mí, mistress Wilkes? ¡Recibo cartas tan raras veces!

—Sí, es para vos, y os dejo por si queréis leerla despacio. Llamadme cuando queráis que me lleve el servicio;—y, dirigiendo una afectuosa mirada á su huésped, á quién la buena mistress Wilkes quería de todo corazón, salió del cuarto.

Florencia cogió la carta y se acercó á la luz para leerla, examinando antes y con cuidado el sobre y la letra. En el sello había una corona: rompiólo con temblorosa mano y leyó lo siguiente:

«Belgrave square, 29.

Londres 9 de Mayo.

Mi querida sobrina,—que sobrina mía sois, por más que nunca hayáis oído hablar de mí, ni yo de vos hasta la noche pasada, y por cierto de una manera muy singular.—Mi médico, un hombre del día, pero sumamente hábil, ha venido á establecerse en Londres, con objeto de introducirse en la buena sociedad, y tan lejos ha sabido ir, que hoy posee una hermosa casa en la calle de Harley y reúne una buena clientela. Mi preciosísima amiga lady Fitz Arlington me le había recomendado: fuí á verle y me ha comprendido como ningún médico hasta ahora. Halléle anoche en un convite, y me preguntó si tenía algún pariente en el Yorkshire. Le dije que creía tener una sobrina—á la cual no conocía,—hija de mi pobre hermana, y que debía estar huérfana. Entonces me habló de vos y me manifestó que había asistido á vuestro padre en su última enfermedad, y que estabais de institutriz al servicio de una familia de York.

Mi querida niña, creedme; quedé muy sorprendida al saber que estáis de institutriz... No obstante, el porvenir hará olvidar el pasado, y os ruego vengáis conmigo en seguida. Mandaría á mi doncella á buscaros, pero como no puedo vivir un día sin sus servicios, un lacayo irá á esperaros á Londres. Escribidme inmediatamente diciéndome cuando venís.

Adjunto os envío un billete de veinte libras para los indispensables gastos. No os preocupéis de vuestro equipaje, porque tendré un verdadero placer en proveeros de cuanto necesitéis. Venid pronto á ver á vuestra desconocida, pero cariñosa tía,

CECILIA VAVASOUR.

Apenas acabó Florencia de leer esta inesperada carta, le pareció casi imposible analizar su contenido, quedando tan impresionada como si una visión se hubiera presentado ante sus ojos.—Era demasiado sorprendente para ser una realidad. Sin embargo, volvió á leerla; y cuando, al fin, llegó á convencerse de la grata verdad, rompió á llorar.

—¡Rica! ¡rica!—murmuró—hace poco era pobre, vivía despreciada, y no tenía un amigo que se interesara por mí y me amase; y ahora ya tengo casa y hogar. ¡Y qué casa! La de mi propia tía! Nunca podrá comprender los peligros de que me ha salvado, ni todo el benéfico consuelo que ha derramado en mi triste y lacerado corazón.

Después que Florencia hubo desahogado, en cierto modo, la primera expansión de su sorpresa y alegría, llamó á su buena patrona, y le dió cuenta de la sorprendente noticia que acababa de recibir.

Mistress Wilkes supo esta novedad con menos extrañeza de la que Florencia suponía desde luego. Siempre sospechó, según dijo, que miss Trevelyan era una señorita aristocrática, añadiendo que se alegraba en el alma de que de allí en adelante tuviese un hogar propio; pero que no la querría más por eso que antes, y ni aunque fuera reina de Inglaterra, y estuviese todo el día sentada en su trono, y ceñida con una corona de oro su cabeza.

(Continuará.)